

# Históricas Digital

Carlos de Sigüenza y Góngora

“Oriental Planeta Evangélico”

p. 273-296

*Carlos de Sigüenza y Góngora*

*Homenaje 1700-2000. I*

Alicia Mayer (coordinación y presentación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2000

394 p.

Figuras

(Serie Historia Novohispana 65)

ISBN 968-36-8219-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 10 de diciembre de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/371\\_01/siguenza\\_gongora.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/371_01/siguenza_gongora.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## EL GUADALUPANISMO EN CARLOS DE SIGÜENZA Y GÓNGORA

ALICIA MAYER

### *Sigüenza y Guadalupe: las razones de este estudio*

En un trabajo previo,<sup>1</sup> analicé la aportación del sabio novohispano Carlos de Sigüenza y Góngora a la historiografía sobre la Virgen de Guadalupe. Dicho estudio comparaba el fervor y la devoción católicos de los novohispanos, a través del ejemplo del propio Sigüenza, y la frialdad del protestantismo frente a todas las formas externas de veneración, en relación a un teólogo de Nueva Inglaterra. Por ceñirnos a ese objetivo, muchas inquietudes quedaron sin resolverse —me pregunto si algún día podrán éstas esclarecerse del todo— por lo que ahora aprovecho este espacio, que generosamente se abre con motivo de la conmemoración de los trescientos años de la muerte del insigne polígrafo para indagar más sobre su sentir guadalupano.

Sigüenza y la Virgen de Guadalupe han originado un proceso historiográfico fecundo, pues son dos aspectos que han tenido un atractivo especial para el historiador dedicado al mundo colonial, esa etapa tan esencial para la conformación de nuestra historia. Él ha sido uno de los hombres más reconocidos del siglo XVII y su pensamiento es parte de una visión que caracterizó a toda una época. Por ello, debe recuperarse su aportación sobre el tema guadalupano.

Sigüenza nació y murió en la ciudad de México (1645-1700).<sup>2</sup> Fue hijo de españoles y se educó en los círculos más selectos, primero, bajo la tutela de su padre, don Carlos de Sigüenza y Benito, un hombre muy letrado, luego bajo el precepto de los jesuitas en Puebla y en su ciudad

<sup>1</sup> Alicia Mayer, *Dos americanos, dos pensamientos*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1998.

<sup>2</sup> Pueden consultarse múltiples biografías. Recomendamos la de Irving Leonard, *Don Carlos de Sigüenza y Góngora. Un sabio mexicano del siglo XVII*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984; la de Francisco Pérez Salazar en la compilación de las obras de Sigüenza, México, Sociedad de Bibliófilos Mexicanos, MCMXXVIII, y la de José Rojas Garcidueñas, *Don Carlos de Sigüenza y Góngora. Erudito barroco*, México, Ediciones Xóchitl, 1945.

natal. El joven criollo dejó la Compañía de Jesús y tuvo que orientar sus intereses espirituales y académicos por otros rumbos. Se ordenó sacerdote y al poco tiempo ingresó como maestro de matemáticas en la Real y Pontificia Universidad. Fue un ser incansable que dedicó su vida a distintos campos. Mantuvo cercanía con autoridades y altas esferas intelectuales de Nueva España. Su versatilidad lo llevó a especializarse en múltiples áreas del conocimiento, sin ofender —reconoce Jacques Lafaye— la ortodoxia.<sup>3</sup> Su inteligencia lo encaminó a las ciencias, la historia, la cartografía, la exploración y la ingeniería. Su sensibilidad lo inspiró para escribir poesía; su genialidad se transparentó en la polémica; su humanismo lo inclinó al saber enciclopédico, que, incluso, le permitió proyectar su fama más allá de los confines del Virreinato. Mas lo que ahora interesa particularmente resaltar es la devoción que sintió Sigüenza por el culto guadalupano y de qué manera quedó esta característica plasmada en su obra.

A lo largo de su vasta producción, don Carlos dedicó mucho espacio a la Virgen, “el bello *assumpto*, a quien en más venero”, y se aproximó a ella como hombre religioso, como historiador, como poeta ... por ello, es posible apreciar su sentir sobre el tema desde varios ángulos, no sólo a partir de un profundo análisis de su propio tiempo, sino también tomando en cuenta sus íntimos valores ético-religiosos, su inspiración “barroca”<sup>4</sup> y su situación como criollo.

El tema de la conciencia criolla ha sido muy estudiado.<sup>5</sup> En cambio, me atrevo a decir que, en relación al culto guadalupano, faltan estudios de la proyección de los movimientos generales y de los hechos históricos relevantes que caracterizaron a esta época a nivel mundial. Su desarrollo no puede circunscribirse al ámbito estrictamente mexicano. El impulso del fervor popular a la Virgen de Guadalupe desde los altos círculos del Estado español y del Papado parece descansar todavía en terrenos inexplorados que ofrecen múltiples posibilidades de inter-

<sup>3</sup> Jacques Lafaye, *Quetzalcóatl y Guadalupe. La formación de la conciencia nacional en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977, p. 60.

<sup>4</sup> Se debe proceder con cautela cuando se emplea el concepto “barroco”. La palabra existe desde el siglo XVIII cuando se criticó al arte que cambió todas las formas del arte renacentista. Fue un término despectivo que describía, entonces, a un estilo considerado de mal gusto y decadente. Es también diferente cuando se emplea para literatura, para estética o para una época histórica. Hoy se está recuperando el valor de este movimiento en un sentido histórico.

<sup>5</sup> Véase Lafaye, *op. cit.* Francisco de la Maza, *El guadalupanismo mexicano*, México, Porrúa, 1953. Kathleen Ross, *The Baroque Narrative of Carlos de Sigüenza y Gongora. A New World Paradise*. Cambridge-New York, Cambridge University Press, 1993. Antonio Lorente Medina, *La prosa de Sigüenza y Góngora y la formación de la conciencia criolla mexicana*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 1996 y Gloria Grajales, *Nacionalismo incipiente en los historiadores coloniales*, México, UNAM, 1961, entre otras.

pretación. Conocer la época significa, entonces, tener en la mano la llave maestra que nos abre el espacio a la comprensión del discurso de Sigüenza y Góngora sobre el marianismo, particularmente sobre el guadalupanismo.

Para lograr un acercamiento eficaz a nuestro objetivo, debe situarse a este personaje desde su propio contexto histórico y revisar sus obras a la luz de las influencias que le impactaron o que conformaron íntimamente su conciencia. El vivió una era de crisis, reflejada en conflictos sociales y políticos, de auge artístico y cultural, y de tensión internacional. John Rupert Martin ha resumido la etapa en que vivió Sigüenza en estos términos:

El siglo XVII tiene un aspecto bifronte: es una época de extraordinarios progresos en la filosofía y en la ciencia, y de cambios arrolladores en el ámbito económico y en la evolución del Estado moderno; pero es también una época caracterizada por continuas controversias teológicas, por una intensa preocupación por la experiencia religiosa personal y por un espíritu de providencialismo heredado del cristianismo anterior.<sup>6</sup>

Para tener una visión adecuada del problema, deben considerarse todas las determinantes expuestas en conjunto. Como hombre del siglo XVII, don Carlos vivió una serie de procesos históricos de amplias consecuencias. Asimismo, su manera de ver el mundo estuvo determinada por su propia circunstancia como americano. En esa época, había pasado ya la ruina en que la Conquista, un siglo y medio antes, había dejado a los grupos indígenas. Se llegó a una cierta estabilidad demográfica con respecto a la centuria anterior y la vida colonial se proyectó hacia un avance económico sustentado en una diversidad de actividades que, a su vez, se manifestó en una riqueza cultural sorprendente. Además, la capital del Virreinato estaba en pleno crecimiento urbano y auge arquitectónico, con sus numerosos templos, conventos, hospitales, escuelas, su Universidad e imponentes palacios. Es la época en que florece lo que Lafaye llama “la utopía criolla de la primavera indiana”,<sup>7</sup> es decir, la noción de que América, particularmente México, era un paraíso.

Fue precisamente durante el siglo XVII en que se desarrolló con más ímpetu el culto guadalupano.\* Se dieron a conocer y se difundieron—excepto la imagen original— las primeras representaciones pintadas de la Virgen de Guadalupe. Se compusieron las primeras poesías, can-

<sup>6</sup> John Rupert Martin, *Barroco*, Bilbao, Xarat Libros, 1986, p. 22.

<sup>7</sup> Lafaye, *op. cit.*, p. 54.

\* Si bien hay noticias del culto desde el siglo XVI, fue en el XVII en que empezó en serio su difusión y alcanzó gran atención en la decimoctava centuria.

tos y sermones. El simbolismo cristiano se manifestó en Nueva España a través de imágenes y se renovó cada día con la concepción alegórica del mundo. No es casualidad que los españoles americanos dedicaran su atención al tema. El inmenso caudal de las representaciones religiosas y de la visión del criollo novohispano se virtió en la poesía y en la prosa de pensadores como Carlos de Sigüenza y Góngora.

Asimismo, en este hombre singular veremos cristalizadas muchas de las aspiraciones del movimiento de la Contrarreforma, el cual debe considerarse como la adaptación del catolicismo a las nuevas condiciones después de las sucesivas crisis de la Edad Media, con mayor énfasis después de la Reforma protestante, y debe ser visto como un largo proceso histórico, no siempre uniforme, que se manifestó de distintas maneras de acuerdo con las regiones en que se adoptó. En este tiempo se reafirmaron nuevos códigos de pensamiento y de comportamiento acordes con lo establecido después del Concilio de Trento.<sup>8</sup>

La Reforma católica se basó en la clarificación de los dogmas para responder con más ímpetu a las propuestas de los reformadores. Se insistió en la importancia de las obras para ganar la salvación, en el libre albedrío, en la meditación y oración, así como en prácticas de devoción. Además, se renovó la vida sacramental, se formaron nuevas generaciones de clérigos parroquiales y congregaciones que influyeron en múltiples esferas. La Contrarreforma reactivó el fervor a la Virgen como elemento unificador que operó, en Nueva España, no sólo en el nivel de la piedad y la cohesión familiar, sino también en el plano étnico y de la conciencia. Quienes escribieron sobre temas guadalupanos —como nuestro polígrafo— consciente o inconscientemente fueron los agentes transmisores de los ideales universales del mundo católico.

El culto guadalupano cuadró perfectamente con las expectativas del momento pues proyectó diferentes mensajes —que veremos oportunamente en este estudio— a grandes sectores de la sociedad para ser interpretados de acuerdo con la posición que ocupaba cada individuo en la jerarquía social. El rescate y la exaltación del marianismo en Europa tuvo ecos formidables en Nueva España, donde se rindió veneración a la Virgen de los Remedios,<sup>9</sup> del Rosario, de Loreto y, por supues-

<sup>8</sup> A. Megged, *Exporting the Catholic Reformation. Local Religion in Early Colonial Mexico*, Leiden-New York, 1996. El autor opina que “el dogma tridentino, diseminado por sus diferentes agentes, sin duda debe ser concebido como un sistema ritual y simbólico global *per se*, que primero buscó lograr la uniformidad y la homogeneidad de la diversidad, dondequiera que se introdujo”, p. 4.

<sup>9</sup> Son muy interesantes los estudios de Solange Alberro sobre este tema. Véase su artículo “Remedios y Guadalupe: la unión de la discordia”, en Clara García y Manuel Ramos (ed.), *Manifestaciones religiosas en el mundo colonial americano*, México, INAH-UIA-Conduemex, 1997.

to, de Guadalupe, que podría tomarse como un gran resultado —históricamente hablando— de este proceso.

En el desarrollo del guadalupanismo tuvo que ver el vigoroso impulso de los jesuitas y el interés político-religioso de los promotores de la Contrarreforma, es decir, del Estado español y de la Iglesia romana, que, a través de múltiples conductos (autoridades virreinales y el clero secular sobre todo), buscaron ciertos objetivos para afianzar el culto. El estudioso que excava en los terrenos del guadalupanismo sabe que apenas a flor del subsuelo yacen las huellas dejadas por los jesuitas, fieles portavoces del movimiento católico de reforma y portadores de un mensaje ideológico. Entre sus fines principales estaba el fortalecer a la Iglesia, debilitada por el ataque del protestantismo, lo cual además coincidía con la expansión de ésta en el Nuevo Mundo, a través de las naciones católicas que colonizaban América. La depuración de la Iglesia romana fue acompañada de una renovación en la teología. Se dio un auge de textos religiosos, litúrgicos, de estudios teológicos, meditaciones místicas, apologías, escritos polémicos, vidas de santos, narración de milagros y, sobre todo, observa Jean Delumeau, jamás se habían publicado ni se habían puesto en circulación tantos elogios a la Virgen,<sup>10</sup> quien fue para los padres no sólo modelo de sincera inspiración, sino también vehículo transmisor de valores.

En suma, Sigüenza y Góngora fue hijo de esta época a la que la Contrarreforma imprimió su sello, su ética y sus principios. Sus obras reflejan el clima espiritual de Nueva España en la segunda mitad del siglo XVII. Por su experiencia vital, la presencia jesuita fue contundente en su pensamiento. A él le tocó ser parte de una nueva organización de la vida católica, a través del ejemplo de los miembros de la Compañía a los que fue siempre tan afecto, orientada hacia un severo espíritu ascético, pero no del orden místico o contemplativo, ni desde el retiro, sino con miras a la acción y al trabajo en el mundo. Ellos tipificaron cabalmente los valores esenciales de la nueva espiritualidad. La fuerza, la energía, el ímpetu con que los miembros de esta agrupación religiosa, fundada por Ignacio de Loyola en 1534, se lanzaron a la conquista de almas y a la propagación del catolicismo en su nueva modalidad, transtocó el espíritu de la época. El autocontrol, el ejercicio de las virtudes, el ánimo para realizar buenas obras, la caridad, la labor para salvar almas, la atención a la oración, la perseverancia, la disciplina, la dedicación y la meditación, además de la moderación y la austeridad,

<sup>10</sup> Jean Delumeau, *El catolicismo de Lutero a Voltaire*, Barcelona, Editorial Labor, 1973, p. 48.

aunque no excluyente de la prosperidad material, fueron algunos elementos de los que hicieron gala los hijos espirituales del famoso reformador vasco.

A través de los grupos de elite se transmitieron los códigos de comportamiento que el Estado español y la Iglesia romana querían imponer.<sup>11</sup> Sigüenza, desde este lado del Atlántico, defendió las necesidades de la moderna Iglesia católica. En sus obras se refleja tanto la herencia hispánica, como su mentalidad criolla e igualmente su formación religiosa, fundamentada en los valores contrarreformistas. Sus amplios conocimientos filosóficos, como el hermetismo y el humanismo, así como su saber realmente enciclopédico que abarcaba ciencia, geografía, astronomía y matemáticas, lo hacen también un personaje fascinante.<sup>12</sup> Don Carlos formó parte de un selecto grupo dentro de la sociedad de su tiempo y por medio de sus escritos fue vehículo de promoción y propaganda del carácter universal de los ideales que hemos mencionado.

### *La obra guadalupana de Sigüenza: símbolos y significados*

Veamos ahora los escritos que tienen relevancia para el estudio del guadalupanismo. Su primera obra, *Primavera Indiana* (1668), es su legado poético y simbólico; las *Glorias de Querétaro* (1680), puede ser considerado un trabajo de carácter estético-religioso; el *Triunfo Parténico* (1683) uno mariológico-dogmático, mientras que en la *Piedad Heroyca* (1693) y en las *Anotaciones críticas sobre el primer apóstol de Nueva España y sobre la imagen de Guadalupe de México* (1699), habla Sigüenza como historiador.<sup>13</sup>

<sup>11</sup> Esto no quiere decir que no se transgredieran dichos códigos. Se encuentran en el Archivo General de la Nación (en adelante AGN), por ejemplo, y en relación con este tema de estudio, diversos documentos que se refieren a castigos por faltas de respeto hacia la imagen de la Virgen de Guadalupe. Véase Año 1795, exp. 22, f. 249-157, *Inquisición*.

<sup>12</sup> Sigüenza reunió importantes documentos de todo tipo: libros, manuscritos y mapas que le sirvieron como fuentes primordiales para sus estudios. Además, existen en sus obras diversos comentarios aislados donde da valiosa información en torno al fenómeno guadalupano, que han servido para apoyar o cuestionar hipótesis más recientes y llevar a cabo con mayor precisión estudios de fuentes, que como sabe todo especialista en este tema, ha causado mucha polémica y discusión. Véase Xavier Noguez, *Documentos guadalupanos*, México, Fondo de Cultura Económica-El Colegio Mexiquense, 1993.

<sup>13</sup> *Primavera Indiana. Poema Sacro Histórico. Idea de María Santísima de Guadalupe, copiada de flores*. En *Obras* [...] con biografía escrita por Francisco Pérez Salazar, México, Sociedad de Bibliófilos Mexicanos, MCMXXVIII. *Glorias de Querétaro. En la nueva congregación eclesiástica de María Santísima de Guadalupe* [...] México, viuda de Bernardo Calderón, 1680. *Triumpho Parthenico* [...] México, Juan de Ribera, IXIDCLXXXIII. *Piedad Heroyca de Don Fernando Cortés*, México, Talleres de la librería religiosa, 1898. *Anotaciones críticas sobre el primer apóstol de Nueva España y sobre la imagen de Guadalupe de México* (también se le conoce como *Anotaciones críticas a la obra de*

En sus años de juventud, Sigüenza escribió el poema a la Virgen de Guadalupe titulado *Primavera Indiana*, que, en opinión de Ernesto de la Torre Villar, es “el más precioso poema guadalupano”.<sup>14</sup> Se trata de una composición literaria en setenta y nueve octavas. Su forma, estilo, expresión y terminología expresan la conciencia que caracterizó a Sigüenza tanto como a otros hombres de su propio tiempo, fundamentada en la idea hispano-católica del mundo. Para el título, don Carlos retomó la frase de su antecesor Bernardo de Balbuena en cuyo poema, *Grandeza Mexicana*, sugiere que México es un cielo en la tierra, el lugar de la eterna primavera. Lo *indiano* era un término reservado al español americano, de tal suerte que aquel paraíso, México, se concebía en el siglo XVII como la *patria*. Aquí se nota ya la simbiosis entre el símbolo guadalupano y lo mexicano. Sigüenza le llama “alcázar patrio” a la Virgen, lo que posteriormente se traducirá como estandarte de toda la nación. Por ejemplo, en sus *Glorias de Querétaro*, expresa que la imagen sagrada fue un “beneficio singular de la Omnipotencia [a] nuestro Indiano Guadalupe”.<sup>15</sup> En esta obra, don Carlos le llama a la Virgen del Tepeyac “nuestra regaladísima patriota, cuyas aras son el refugio más cierto de la devoción mexicana”.<sup>16</sup> Desde el siglo XVII, “aquella Señora que trasuntada del mismo original por beneficio de un ángel es el cariño amante del mexicano emporio”. Casi podríamos —y no nos libramos de cierta emoción al referirlo— trasladar esta cita de Sigüenza a nuestros días.

Se ha querido ver, y con razón, que los trabajos de Carlos de Sigüenza y Góngora, desde la *Primavera Indiana*, anuncian ya el nacimiento del nacionalismo criollo.<sup>17</sup> En efecto, puede encontrarse en ellos la idea de que Guadalupe eligió a Nueva España sobre el resto de las naciones para manifestarse, prodigioso favor celeste concedido sólo a México, lo que despertó un sentido de elección. Por allí puede rastrearse ese llamado “despertar” de la conciencia criolla a través de este medio unificador que después de años fomentó el sentimiento de individua-

Bernal Díaz), MSS Bancroft Library, Berkeley, California. Aunque hay dudas acerca de su autoría, creo que el manuscrito es de Sigüenza por varias razones: por la información que proporciona, que concuerda con su sentir y pensar, porque varias de las ideas que se desarrollan ya las había tratado Sigüenza en obras previas, por la letra del manuscrito, por los datos biográficos que aparecen entre líneas y otras.

<sup>14</sup> Ernesto de la Torre Villar, *En torno al guadalupanismo*, México, Miguel Ángel Porrúa, 1985, p. 173.

<sup>15</sup> Sigüenza y Góngora, *Glorias de...*, p. 13.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 9.

<sup>17</sup> Debe aclararse que no hubo en la mente de Sigüenza una idea definida, acabada o completa de nacionalidad.



lismo que tan caro resultó a España. Sin embargo, no debe suponerse que en esos tiempos había madurado la noción de independencia respecto a la metrópoli. También despunta en ésta y en otras obras la ambivalencia que caracterizó a los criollos al tratar de conciliar su amor por lo americano sin desconocer al mundo ibérico del que derivaban.

En otras palabras, Sigüenza también exalta al Imperio español y toma conciencia de la unidad ecuménica del orbe hispánico al que pertenecía Nueva España. La monarquía era pensada como el adalid de la ortodoxia, defensora del catolicismo tradicional. Por lo tanto, nuestro autor no hace más que afirmar el tradicionalismo católico español en su propia patria. En él hay destellos de patriotismo, no cabe duda, pues aflora el orgullo por su entorno y se resalta también la elección de México por Dios para que apareciera su Madre Santísima con un mensaje de esperanza y de concordia. Así se manifiesta en estos versos de la *Primavera Indiana*:

MARIA soy, de Dios omnipotente  
Humilde Madre, Virgen soberana,  
Antorcha, cuya luz indeficiente  
Norte es lucido á la esperanza humana:  
Ara fragante en templo reverente  
Mexico erija donde fue profana  
Morada de Pluton, cuyos horrores  
Tala mi planta en tempestad de flores.  
(XLIX)

Aqui la voz de afectuoso ruego,  
Que á mi piedad Virginea sea votado  
Verá mis luces el opaco ciego,  
Y obtendrá el pecho triste dulce agrado.  
(L, fragmento)

Sigamos con la *Primavera Indiana*. En cuanto a la segunda parte del título, *Poema sacro-histórico, idea de María Santísima de Guadalupe copiada de flores*, según Lafaye se refiere a la historia de la salvación de la humanidad en el cristianismo,<sup>18</sup> pero el contenido del poema indica que este concepto es muy amplio, y que la intención del autor va también más

<sup>18</sup> Lafaye, *op. cit.*, p. 64. La lucha contra el protestantismo, el llevar el mensaje de Cristo a los pueblos de Asia, África y América, así como adaptarse a la mentalidad y a las nuevas necesidades del hombre occidental fue el reto de la Iglesia católica. Muchos conceptos tuvieron que ser discutidos. Se crearon nuevos órganos dentro del gobierno de la Iglesia que además de hacerla un cuerpo de administración eficaz, sirvieron, entre otras cosas, para la conversión de los infieles. No es casualidad que otro poema laudatorio de Sigüenza, el *Orien-*

lejos. Don Carlos se refiere primero al carácter milagroso de la Virgen en su florido despliegue en la manta de Juan Diego, con lo que afirmó su creencia en el portentoso y dio sentido a su propio fervor. Sin embargo, no se pueden entender las características del icono de Guadalupe sin conocer el lenguaje de los símbolos, de los que la Contrarreforma hizo amplio uso. El poema que nos ocupa es un juego de ingenio por parte de su autor, quien reinterpreta los emblemas ya conocidos y los enriquece con sus propios motivos.

El simbolismo floral que se asocia a la pureza tiene un amplio significado. Las flores han sido símbolo de María desde la Edad Media. En los himnos latinos se exaltaba a la Madre de Dios cual *rosa speciosa* (rosa esplendorosa), y en la poesía se hablaba del jardín de flores de María. La flor transmite la idea de la belleza, así como de lo que germina y crece. Esto puede ser interpretado de dos formas, se canta a la vida, no sólo del Hijo de Dios, Cristo, que nace de la Virgen, la *Theotokos* o “engendradora de Dios”, y también se hace clara alusión —pues conocemos el pensamiento y las circunstancias de Sigüenza para afirmarlo— a la patria que florece, es decir, a Nueva España.

En esta *Floralia*, que es la *Primavera Indiana*, nuestro poeta novohispano trae a cuento en incontables ocasiones “la inmortal primavera de una rosa”, “flores rozagantes”, “florecentes mayos”, “embrión florido”, “breñas flores”, “colorida primavera”, “la gran reina de flores”, etcétera. Guadalupe aparece igualmente relacionada con violetas (LIX), azucenas, jazmines, lirios y claveles (LVIII). La Virgen es “soberana pandora de las flores” y la lluvia de pétalos que se troca en imagen es “la clara divina seña” de su “dulce imperio”. Al aparecer la imagen milagrosa hecha de flores también en cierto sentido nace México o como lo describe el propio don Carlos “del mexicano emporio [es] espejo hermoso [...] el Americano Guadalupe” (XV y XVII). Asimismo, en las *Glorias de Querétaro* añadió que la Virgen era “la flor por quien se nos perpetúan los veranos de las misericordias divinas y en quien se avivan los matices y fragancias de los favores del cielo”.<sup>19</sup>

Después de aprehenderse el contexto literario que se despliega en las diferentes metáforas ilustradas por Sigüenza, debe pensarse en la orientación del contenido de las estrofas en un significado más general.

*tal Planeta Evangélico*, se refiere a la misión de Francisco Javier en el Oriente, que de manera secundaria, pero no menos importante, alaba la labor de propaganda fide de los jesuitas, aliados cercanos del Papado, en todo el mundo. Véase Alicia Mayer, “Oriental Planeta Evangélico. Sigüenza y Góngora y los jesuitas”, en *Memorias del IV Simposio Internacional: “La producción simbólica en la América colonial. Interrelación entre la cultura y las artes”*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Bibliográficas (entregado a prensa en noviembre de 1998).

<sup>19</sup> Sigüenza y Góngora, *Glorias...*, p. 10.

Entonces sí puede pensarse que la *Primavera Indiana* se relaciona con la joven nación elegida por Dios a través de María Guadalupe, que florece en la Colonia, después de la Conquista, y logra una amalgama de todos los elementos *mexicanos* que la hacen distintiva y única en el mundo. Antes de explicar a qué se refiere Sigüenza con la *idea* de Guadalupe al igual que el concepto de “sacro-histórico” que también es muy amplio, hagamos un breve análisis de otros símbolos relevantes.

La *Primavera Indiana*, volviendo a ella, está pletórica de emblemas e imágenes y todos ellos son portadores de un mensaje específico. Debemos recordar que el proyecto de la Contrarreforma había tenido éxito sobre las mentes novohispanas en el terreno de la exaltación de lo milagroso y de la devoción por las imágenes. Esto nos muestra que el hábito mental de la alegoría estaba, en efecto, entrelazado en la vida intelectual del siglo XVII. En la obra poética de juventud sobre la Virgen podemos ver esto en repetidas ocasiones. Aparece la música como elemento celeste, en concordancia con el cosmos. He aquí un ejemplo:

Oyga del Septentrion la armoniosa  
Sonante Lyra mi armonioso canto  
Correspondiendo á su atención gloriosa  
Del clima austral el estrellado manto  
Alto desvelo pompa generosa  
Del cielo gloria, del Letheo espanto  
Que con voz de metal canta Thalia  
o nasca niño el Sol, o muera el dia.  
(II)

La sabiduría, manifestación retórica muy empleada dentro de los parámetros de la Contrarreforma, fue tratada por Sigüenza a través de la Virgen como “sagrada inteligencia” o “inteligencia hermosa”. En la iconografía cristiana se personifica a la sabiduría divina presentándola por lo general como una mujer vestida con magnificencia.<sup>20</sup>

El manto de la Virgen es un elemento que Sigüenza destaca repetidamente, recreando un universo entero. “Del clima austral el estrellado manto” y “el cielo todo en Guadalupe cabe” son dos metáforas que lo muestran. En muchas tradiciones mitológicas se compara al cielo que envuelve a la tierra con un velo o un manto. En el caso de la imagen guadalupana, en el que se dibujan los astros, remite a lo celestial, lo que está más allá del entorno meramente humano, que sería un

<sup>20</sup> Para la comprensión de estos símbolos, fue muy útil el libro de Manfred Lurker, *El mensaje de los símbolos. Mitos, culturas y religiones*, Barcelona, Editorial Herder, 1992.

mundo en pequeño o un microcosmos. El azul del manto se relaciona con el cielo y lo espiritual, si tomamos en cuenta el simbolismo cromático que nos viene de la tradición medieval de Occidente.<sup>21</sup> En el azul confluyen el cielo arriba y el agua abajo, que en términos generales apunta al orbe entero y éste descansa en la espalda y en los hombros de la Virgen. En cuanto a su vestido, también Sigüenza destaca cómo en él se representa la Luna, el Sol y las estrellas.

En purpura la Tunica se enciende,  
Rojo campo á las líneas relevadas,  
Que el oro finge quando mas se enciende,  
O en las sombras fallece retiradas:  
Del manto azul el estrellado pende  
Flamante cielo, cuyas remontadas  
Lucientes llamas fingen en la tierra  
Ardores bellos, que el Olympo encierra.  
(LX)

Como dije, el simbolismo acuático, que alude a la inmortalidad, a la regeneración y, sobre todo, a la purificación está también presente en las obras de Sigüenza. Si volvemos a hacer referencia a los símbolos, debe considerarse que las aguas de fuentes y estanques se relacionan con lo maternal. Es precisamente en las *Anotaciones críticas* que el elemento agua aparece nuevamente en alusión al líquido contenido en el pocito cercano a la ermita del Tepeyac al que Sigüenza confiere gran importancia por su carácter milagroso. “Estímase esta agua por salutífera para muchas enfermedades —nos dice Sigüenza— no tanto por la facultad resolutiva y detergente del alumbre, cuanto por virtud sobrenatural, comunicada [...] por el contacto por las sacratísimas plantas de la Virgen en aquellas arenas”.<sup>22</sup>

El Sol, otro elemento que se repite con frecuencia, es un atributo que acompaña a la divinidad como fuente de luz universal. Éste ha sido considerado un estandarte masculino, que representa a Dios o a Cristo y, en el poema de don Carlos, la Virgen es, por lo tanto, “aurora bella de la luz *que embia el Sol*”. Ella es también “emula del Sol la luz *segunda*”; aunque en algunos versos Guadalupe brilla con luz propia “dando mares de luces que venera humilde el Sol”. A continuación damos otros ejemplos de la luminosidad tal como la explica Sigüenza en su *Primavera Indiana*.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 115.

<sup>22</sup> Carlos de Sigüenza y Góngora, *Anotaciones críticas...*, párrafo 38.

Entre tanto essa azul diafana esfera  
Los diques rompe, que de ardores baña  
Dando mares de luces, que venera  
Humilde el Sol, y temeroso estraña:  
Mientras la luz fogosa reverbera,  
Voz atada á sonancias la acompaña,  
Y aun tiempo con dulcissimo socio  
Rayos sonoros son, voces de fuego.  
(XXXI)

Pero á la vista de esse puro rayo,  
Que el Sol Empireo de convexa cumbre  
Desprendió, sin recelo de desmayo  
Se vegetan las flores con su lumbré:  
Rayo has sido del Sol, pues vive el Mayo  
Bella MARIA, y con fragante encumbre  
Si en el inculto monte Fénix yace  
A vista de tu luz Fenix renace.  
(XIX)

Cabe destacar aquí, aprovechando los dos últimos versos del párrafo anterior, la representación de María Guadalupe como ave Fénix, lo mismo que como águila, lo que es interesante pues también esta criatura ha sido considerada sinónimo solar y viril por excelencia. Sabemos que los animales alados representan el bien o lo divino en la literatura emblemática. Las aves se relacionan con la luz y, en la *Primavera Indiana*, la Virgen se introduce “gallardamente con vistosas alas” (XLIII). Aparece el águila del cielo o “águila María” (LXVII) en contraposición con la serpiente “el argentado monstruo” (lo terrestre y, por las características de su piel, lo mudable). Según la concepción cristiana, ambas se oponen, una como el mal y la otra como ser divino o el bien. Estos elementos antagónicos son, sin embargo, complementarios pues definen el ordenamiento natural del cosmos y se presentan, por lo tanto, como necesarios uno para el otro. Aquí cabe recordar el emblema mexicano del águila devorando la serpiente que se ostenta en la bandera nacional y que suma, como sabemos, elementos indígenas que derivan de la creencia de que los nahuas asentaron la ciudad de Tenochtitlan en el lugar donde presenciaron esa visión y elementos cristianos como los que hemos analizado líneas atrás. Como puede apreciarse, ni el símbolo guadalupano ni el lábaro patrio son creaciones hechas al vapor en nuestra historia.

En las estancias a las que aludimos en la *Primavera Indiana*, debe destacarse también el manejo de los términos contrarios como acostumbraban hacerlo los partidarios del hermetismo, aunque esta corriente se

acercaba ya a su ocaso en Nueva España.<sup>23</sup> Así aparece plácida laguna-piélagos escamoso; primavera-invierno; alfójar puro-veneno sangriento. Temporalidad e infinitud se fusionan, lo mismo que la noche que representa el pecado, la ignorancia y la gentilidad, con el día, o lo luminoso, que es la manifestación sublime de lo sobrenatural y que finalmente triunfa en este primer poema de Sigüenza.

O Tu, que en trono de diamantes puros  
Pisando estrellas vistas del Sol rayos,  
A cuyo lustre ofrecen los Coluros  
Brillantes luces de su obsequio ensayos:  
Purifica mi acento, y mis impuros  
Labios se animen florecientes Mayos  
Que á tu sombra mi voz bella MARIA  
Triumphá immortal del alterable dia.  
(VII)

Hay preocupaciones que se muestran a lo largo de toda la composición. La transitoriedad, la mutabilidad, el ciclo recurrente entre el día y la noche, además de los ya mencionados efectos luminosos y de los contrastes (paganismo- cristianismo, día-noche). Todo esto responde a un esquema mental que conjugó los dogmas imperantes con la herencia y con la circunstancia del propio Sigüenza.

### *Los valores intrínsecos del discurso guadalupano*

Los teóricos del catolicismo reformado proyectaron un plan lógico, analítico, para transmitir sus mensajes dentro de un vasto programa que incluía el arte, la historia, la literatura, los tratados políticos, etcétera. La historiografía del siglo XVII en Nueva España, en que se encuentra inmerso Sigüenza y Góngora, particularmente en lo tocante al tema guadalupano, sin duda hizo una de las contribuciones más decisivas al espíritu de la Contrarreforma, por las razones que a continuación veremos.

En sus obras hay una serie de valores que se destacan repetidamente. Éstos son la virginidad, el respeto, la obediencia, la sumisión, la veneración, la evangelización, la pobreza como signo positivo, la veracidad de los milagros, la nueva sociedad mestiza, América como paraíso. La Virgen es misericordiosa, se le aparece a un hombre oprimido, cuya etnia estuvo casi al borde de ser exterminada. Guadalupe es men-

<sup>23</sup> Para este tema, véase Ignacio Osorio Romero, *La luz imaginaria*, México, UNAM, 1987.

sajera, corredentora y trae un mensaje de esperanza. Sigüenza resalta la figura de Juan Diego, desde el plano devocional hasta el histórico. En la *Piedad Heroyca* nos informa de su nombre náhuatl, Quauhllatoatzin, y en prosa, así como en verso destaca su inocencia, pobreza, ternura, humildad, credulidad, temor, sumisión y obediencia (“ciego obediente de la gran María”).

Existe también un profundo rechazo al paganismo, a la ignorancia de la fe y una exaltación de la Iglesia y del mundo hispánico en estas líneas. Para Sigüenza, el acontecimiento guadalupano refleja la victoria de la religión verdadera, a través del mensaje que transmitió la Iglesia triunfante de la Contrarreforma, lo que se trasluce en los versos de la *Primavera Indiana*: la defensa del catolicismo y de los conceptos derivados del Concilio Trento. Otro aspecto que descuellan es la exaltación de la Conquista como una necesidad histórica para la entrada del cristianismo. Don Carlos habla del “funesto imperio” azteca. Los españoles, del que Cortés fue valeroso Marte, se alzan triunfantes frente a “la volante cuadrilla derrotada” de los indígenas. Antes de la llegada de los españoles, México se encontraba sumido en la oscuridad de la noche (ignorancia) “con errados dictámenes —dice Sigüenza— iba sin freno a pálidas regiones”, pero agrega “ya depuesta por [Cortés] la inculta greña [...] renuncia alegre religión ingrata”. Así, “el Americano Guadalupe [...] antes fúnebre albergue de la noche” ahora,

Nueva forma sagrada le destina,  
La que en trono modera de Cherubes  
Sagrada mente, Celsitud divina  
Del mundo breve aun las volantes nubes:  
La morada de luces cristalina  
Te rinda glorias, pues amante subes,  
O Mexico, á ser solio preeminente,  
Que doran rayos del amor ardiente.  
(XXV)

Si interpretamos correctamente a Sigüenza, la Conquista fue una *sine qua non* para que aconteciera el milagro guadalupano que le siguió apenas una década después. Esto explica por qué Sigüenza escogió nombrar a su *Primavera Indiana* “poema sacro-histórico”, pues ambos términos son indisolubles en esta visión providencialista de la historia de México.

Él hilvanó perfectamente el repertorio de propaganda de la Contrarreforma. Como vimos, historias y alegorías, consagradas ya por una larga tradición gráfica y literaria, aparecen en la *Primavera Indiana* y se repetirán posteriormente en el *Triunfo Parténico*, el otro poema dedicado a la Virgen puesto al servicio del dogma. Los teóricos de la

Reforma católica, que desde el siglo XVI llevaban a cabo un movimiento de recuperación mariana,<sup>24</sup> en concordancia con los dictámenes de Trento, declararon que el pecado original no afectaba a la Virgen. También los miembros de la Compañía de Jesús insistieron sobre estas ideas y Sigüenza debió haber palpado, en sus años formativos, la firme defensa que los padres jesuitas hicieron sobre el misterio de la Inmaculada Concepción, que fue una reflexión teológica en México durante todo el siglo XVII.<sup>25</sup> Tanto en la *Primavera Indiana* como en el *Triunfo Parténico*, se exalta el carácter de pureza de la Virgen:

Expresiva es la Imagen del instante  
En que (aun Neptuno no surcava espumas  
Ni alvergue dava el Aquilon volante  
De vivas flores á volantes sumas  
No el rayo por el viento fluctuante  
Rasgava nubes con fogosas plumas)  
Y a MARIA de mancha preservada  
Todo era gracia, quando el mundo nada.  
(XLIII)

A despecho del tronco fementido  
De donde se deriva su belleza,  
Intacta bella Flor se á concebido  
En sacra pompa, exempta de maleza:  
Libre de espinas brota del florido  
Siempre ameno vergel de su pureza,  
Y entre puas hibernas rozagante  
Es flor en pompa, y en el ser diamante.  
(LXXVI)

Y en el *Triunfo Parténico* se repite:

Si celeste, si cándida, si pura  
Es etherea azuzena al Sol luciente  
Quando indultando a Delos por su oriente  
Privilegia de intacta hermosura.  
(Soneto)

<sup>24</sup> Pedro Canisio, Roberto Belarmino, Francisco Suárez, fueron algunos de los más destacados.

<sup>25</sup> Richard Nebel, *Santa María Tonantzín, Virgen de Guadalupe. Continuidad y transformación religiosa en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995, p. 103. Debe recordarse que en el siglo XVII, la devoción a la Guadalupana fue precisamente propagada por los jesuitas, encargados por otra parte de la educación de los hijos de los criollos, de la formación del clero secular (que tuvo el papel dominante de la estructuración de la vida eclesiástica) y de la expansión de misiones al norte del Virreinato.



Santiago Sebastián observa que para expresar unos la *Mater Castissima* y otros la *Mater Inviolata* se recurrió a la imagen del rayo de luz solar que no sufre daño ni lesión al ser reflejado por un espejo”.<sup>26</sup> Estos símbolos serán utilizados frecuentemente por Sigüenza. Él habla de la “Virgen intacta” (LIII); una rosa en que “no ultraja su grandeza la enconosa villana espina” [...] “pues essenta de ella [está] libre la flor”. Con un lenguaje metafórico, Sigüenza sustentará éste que la Iglesia católica definió como dogma años después.

La *Mater Intemerata* señala igualmente la característica invencible de María. En Europa, aparece aplastando la cabeza del dragón infernal, mientras que en las líneas de Sigüenza lo hace Guadalupe sobre el pecado representado por la serpiente, como vimos. En las *Glorias de Querétaro*, nuestro autor describe cómo “venció la Señora sus altiveces y orgullos [del fiero dragón] sujetando con la divina planta la infernal soberbia, de cuya infección venenosa estuvo siempre exento su primigenio instante”.<sup>27</sup>

También durante el siglo XVII se popularizaron conceptos teológicos como la Virgen apocalíptica. El sabio novohispano, siguiendo el texto sagrado, la introduce como la mujer “vestida del sol y colocada sobre el trono argentado de la luna”. La representación bíblica habla de la mujer que aparece en el cielo, vestida del sol, con la luna bajo sus pies y doce estrellas alrededor de su cabeza que se halla en estado de buena esperanza (*Apocalipsis* 12, 1-18). La amenaza un dragón multicéfalo, pero ella da a luz a un hijo que ha de regir a todas las naciones y que es llevado hasta Dios y su trono. Los exégetas medievales entendieron la mujer del *Apocalipsis* como la Virgen Madre de Dios y la convirtieron en un símbolo de la Iglesia. Precisamente en el *Apocalipsis* se ve también clara la alegoría de la Iglesia como cuerpo místico de Cristo, representado por la cruz, el cáliz, la hostia y las llaves de san Pedro sobre la tierra.<sup>28</sup>

En las obras de Sigüenza encontramos relación entre los temas bíblicos y los signos zodiacales en torno a la figura guadalupana, en una época en que la astrología y la evangelización iban muy ligados, o entre los del mundo pagano y del cristiano. Asimismo, la naciente cultura criolla incluyó en algún momento una mitología tomada de la antigüedad helénica, donde realidad y mito se fundían muchas veces. Sin duda, esto muestra el maridaje en Sigüenza, entre la religiosidad y el

<sup>26</sup> Santiago Sebastián, *Contra-reforma y barroco*, Madrid, Alianza Editorial, 1989, p. 208.

<sup>27</sup> Sigüenza y Góngora, *Glorias...*, p. 13.

<sup>28</sup> Ver Santiago Sebastián, *op. cit.*, p. 215.

humanismo, así como entre la ciencia y el esoterismo. La astrología cabalística mencionaba que en el espacio sublunar estaba la madre del mundo, una mujer transmisora de la voluntad divina, tal como se lee en su primer poema: “Siendo alfombra a sus pies essa importuna Rodante esfera de la instable luna...”. La Luna se asocia al agua y a la fertilidad. Nuevamente, en la interpretación de los padres de la Iglesia, aparece como el símbolo de ésta que recibe la luz del Sol que es Cristo. Sigüenza, incluso, relacionó a la Virgen con el planeta Venus “matutino esplendor del áureo día”, “alcázar del alva Guadalupe”, en relación con lo femenino, la belleza y muy probablemente también con la fertilidad.

Sigüenza también las tendencias del hermetismo, Sigüenza utiliza el concepto del círculo, símbolo de unidad, infinidad y eternidad de Dios en esta corriente, que se apega a la idea de lo cíclico y quizá del paraíso que tradicionalmente se describía en forma circular. Los filósofos neoplatónicos, que Sigüenza conoció bien, lo relacionaban con la interpretación de Dios. La esfera, ¡cuántas veces aparece ésta en todos los poemas de don Carlos!, simboliza la totalidad y la perfección. La Virgen es “esfera de glorias soberanas” y “azul diáfana esfera”. Por eso es también tan recurrente en él la obsesión por este cuerpo relacionado con la Estrella Polar, el eclipse del sol y el zodiaco guadalupano. Es casi innecesario insistir en que la *Primavera Indiana* reúne las características de un poema neoplatónico (la Virgen misma es “la *idea* del desvelo de Dios”, y la *Primavera Indiana* es la “*idea* de María Santísima de Guadalupe”), con elementos de la filosofía hermética. Veamos un ejemplo de la conjunción de dichos elementos:

Al tiempo pues, que la veloz Saeta  
Remontado blason de Sagitario  
A expensas de la luz del gran Planeta  
Es el Olympo luminoso erario:  
Quando á Cybeles, provida, y discreta  
Comunica cristal la vrna de Aquario,  
Vegetó sin influxos de sus gyros  
Flores la tierra, embidia á sus Zaphiros.  
(IX)

Sigüenza establece así la armonía del cosmos, la eterna sabiduría divina y la relación entre cuerpo y alma. Pero estas consideraciones quedaron desterradas en obras posteriores de nuestro polígrafo mexicano, más inclinado en sus años de madurez a temas científicos al favorecer explicaciones más innovadoras de la astronomía, la geometría y las matemáticas.

Por otro lado, él introduce alegorías de los sentidos, muy dentro de la mentalidad de la época (ver, oír, gustar, tocar), para volver por momentos a la filosofía de la experiencia. Basta hojear los párrafos de los *Ejercicios Espirituales*, de Ignacio de Loyola, para captar en toda su magnitud esta vivencia sensitiva que se transmitió a través de la espiritualidad jesuita, la cual siempre concedió un sitio especial a la representación sensual. Sigüenza y Góngora recurrió a estos métodos para inyectar realismo a las escenas de la imaginación. Con ello, fue capaz de expresar una amplia gama de sentimientos y emociones para enriquecer el contenido psicológico de sus trabajos, con lo que nuestro autor contribuye a que el lector alcance altas cimas del fervor y del entusiasmo. El “sensualismo” del que he hablado se percibe a través de los olores y de los colores. “Bella a la vista, y al olfato bella”, nos describe él a Guadalupe y agrega que “se exala el sitio con fragancias bellas” donde ella aparece, “si el campo vive con color suave”, o también “de más colores la Virgen matices viste”. El manto azul, la azul diáfana esfera, el rojo campo de líneas, el oro que enciende su perfil, la púrpura túnica, son algunos ejemplos. Así, la poesía cumple con un fin, el de persuadir, que fue otra de las metas esenciales de la Reforma católica y un medio de insertarse en la vida religiosa cotidiana.

Durante la Contrarreforma, el éxtasis fue una de las características presente en la literatura y en el arte. La Iglesia, que hubo de emprender la recuperación espiritual de Europa y apoyar la expansión del cristianismo en América, le concedía gran importancia a estas visiones. Sigüenza y Góngora, a través de la experiencia de Juan Diego, cumplió con los códigos. En *Primavera Indiana*, el punto de máxima levitación espiritual se da cuando este indio, recientemente convertido a la fe, mira por primera vez a la Virgen misma, entre resplandores, hablándole en términos de ternura maternal. Esta composición poética tiene variantes que conducen a estados extremos de sentimiento logrados a medida que Sigüenza, igualmente preocupado por las pasiones del alma, se acerca a referir la aparición como sigue:

Llega á afrontarse con el peñascoso  
Vasto Tepeyacac, donde un concento  
Suavemente en metro armonioso  
Tiene el alma suspensa al Indio atento:  
Extatico el sentido, el deleitoso  
Metrico coro investigó el momento,  
Intento vano si del cielo nace,  
Que el ecco solo entre malezas yace.  
(XLVII)

Mas que armirado, en dulces suspensiones  
Tiernamente robados los sentidos,  
Sin darle al gusto breves digresiones,  
Vuela el indio con passos desmedidos:  
Mucho portento fue, pocas razones,  
Las que el humilde Juan dió á los oydos  
del Sagrado Pastor, que escucha atento  
Credulo poco a misterioso intento.  
(LI)

Don Carlos insistió mucho en la validez del milagro, es decir, el instante en que la imagen de Guadalupe quedó impresa en la tilma de Juan Diego cuando descubrió las flores ante el venerable Juan de Zumárraga. En la *Primavera Indiana* plasmó metafóricamente el momento cumbre del prodigio:

Hazelo assi, y al descoger la manta,  
Fragante lluvia de pintadas rosas  
El suelo inunda, y lo que mas espanta  
(O maravillas del amor gloriosas!)  
Es ver lucída entre flores tanta,  
A expensas de vna Imagen, vn Traslado  
De la Reyna del cielo mas volado.  
(LVII)

Sigüenza, como fervoroso creyente que era, admitió que el milagro no podía ser cuestionado: “la atención se recata temerosa —dice— de investigar con números mortales la inmortal primavera de una rosa” y hacia el final del poema añade:

Basta pluma, reprime el affectuoso  
Conato heroyco de tu vuelo ardiente,  
Remora sea al curso presuroso  
De tanta Reyna el resplandor fulgente:  
Pues será si pretendes, este hermoso  
Prodigio, investigar irreverenté  
Querer escudriñarle al oro venas,  
Al cielo rayos, ó á la mar arenas.  
(LXXVIII)

En su *Piedad Heroyca*, don Carlos fundamenta “científicamente” el portento. Se sostiene en documentos, cartas, cédulas y manuscritos originales para “poder decir dónde se apareció la imagen de María Santísima de Guadalupe al ilustrísimo obispo don fray Juan de Zumárraga

[que es] lo que quiero probar”. De sus estudios concluye que la Virgen “se le apareció [frente a Zumárraga] en su propia casa, luego esta aparición fue en las casas que hoy son arzobispales”.<sup>29</sup> Sigüenza afirma que las relaciones históricas que ha consultado prueban el hecho antes referido “con especialidad una antiquísima, que aún tengo manuscrito y estimo en mucho”. Se refiere a un documento que perteneció a Fernando Alva Ixtlilxóchitl y pasó a su poder. Hoy, los especialistas agradecen ese dato proporcionado por nuestro historiador novohispano porque se alude al escrito de Antonio Valeriano, un indio letrado del colegio de Tlatelolco que relató las apariciones “en mexicano [y es] el verdadero autor”.<sup>30</sup> Nos interesa esta faceta de Sigüenza y Góngora al querer “probar” un hecho sobrenatural con tradiciones confiables para hacerlo incuestionable.

Antes de morir, en uno de sus últimos trabajos históricos, reafirmó nuevamente “la indubitable y constantísima certeza del portento [...] contra quien no puede valer historiador alguno”.<sup>31</sup> Sigüenza conocía documentos antiguos y obras de famosos historiadores que hablaban de la confusión al respecto de las apariciones. Sin duda consultó a Torquemada, Sahagún y los franciscanos que recelaban de las divinas ocurrencias. Pero él insistió no sólo en la belleza de la imagen, sino en la veracidad del prodigio.<sup>32</sup>

<sup>29</sup> Carlos de Sigüenza y Góngora, *Piedad Heroyca de Fernando Cortés*, México, Talleres de la librería religiosa, 1898, p. 27 y 29.

<sup>30</sup> Don Carlos prestó el documento a su amigo el jesuita Francisco de Florencia de quien dijo era “uno de los mayores hombres doctos que han predicado en las Indias”, *Anotaciones críticas...*, párrafo 95. Sin embargo, Florencia prefirió darle la paternidad de la obra a Jerónimo de Mendieta, sin consultarlo o informarlo a Sigüenza, lo que motivó a don Carlos, en su *Piedad Heroyca*, a ventilar el asunto: “El original [de la relación] en mexicano está de letra de don Antonio Valeriano indio, que es su verdadero autor; y al fin añadimos algunos milagros de letra de don Fernando, también en mexicano. Lo que presté al padre Francisco de Florencia, fue una traducción parafrástica, que de uno y otro hizo don Fernando, y también está de su letra. Vuélvome a mi historia...”, *Piedad Heroyca*, p. 32. Dice Elías Trabulse, “Sigüenza, siempre riguroso y preciso historiador; aclaró que, al momento de leer el trabajo de Florencia para su publicación, no había referencia a Mendieta como autor del texto original. Sigüenza no sólo da esta noticia; también da cuenta de la localización de la casa de fray Juan de Zumárraga cuando Juan Diego desenvolvió la manta que traía las flores que estamparon la imagen, y concluye que allí fue el primer depósito de dicha imagen en las casas arzobispales”. *Manuscritos perdidos de Carlos de Sigüenza y Góngora*, México, El Colegio de México, 1988. p. 44.

<sup>31</sup> Sigüenza y Góngora, *Anotaciones críticas...*, capítulo 15.

<sup>32</sup> En casi la totalidad de las obras de Sigüenza, existen referencias a distintos sucesos milagrosos que don Carlos da por sentados. Recordemos a la virgen milagrosa en las inundaciones previas al motín de 1692, las apariciones en el convento de Jesús María, en el *Paraíso Occidental*, el momento en que la Madre de Dios sana a los enfermos en el hospital de la Inmaculada Concepción, y cuando un protestante se convierte al catolicismo ante una visión extraordinaria, en la *Piedad Heroyca*.

Toda una primavera expresiva  
En tosca Tilma del trasumpto hermoso,  
Que á despecho del rigido Diziembre  
Influye Mayos á la inculca vrdimbre.  
(LXIX fragmento)

De todo esto Sigüenza concluyó: “no se inquiere en la historia sobre la verdad del portento en su sustancia” pues éste era “cuydadoso esmero de la omnipotencia”. Lo que intentaba tratar “no es en manera alguna probar la verdad o que sea verdad el portento: por que todo cuanto hay en la santísima imagen o es milagro o cosa que al juicio humano le parece”. Para confirmar esto, a nuestro sabio historiador le era sólo menester “llegarse a mirarlo”. Para él, se ratifica asimismo a través de los pintores que testifican el primor y la conservación de la santa imagen, que a través de los años se había mantenido “fresca, lozana e íntegra”, por los muchos milagros visibles que acontecen en torno a ella, por los hombres doctos que certifican su aparición en las fuentes y, sobre todo, por lo que dicen las tradiciones, que, según aclara Sigüenza, acrecentan la piedad y “dan mayor autoridad a las historias”. Don Carlos insiste en que los milagros confirman las tradiciones, “y nuestra tradición nos dice que en músicas y resplandores celestiales vio Juan Diego a la Virgen, quien le habló varias veces, que llevara recados suyos al arzobispo para que allí en Guadalupe se le edificara templo, que en prendas de la verdad halló coronadas de flores”.<sup>33</sup>

El Concilio de Trento había insistido sobre la importancia de exaltar los misterios de la fe a través de iconos, pinturas y esculturas sacras, para “mover a amar a Dios y a practicar la piedad”.<sup>34</sup> En la *Primavera Indiana*, por ejemplo, las directrices no difieren; se reafirma el valor ideal de la demostración visual de los hechos en relación con el portento. El interés iconográfico y el poético-estético se confabulan para proyectar las ideas de nuestro polígrafo novohispano. Él dedica varias octavas a la mera descripción del retrato de la Virgen de Guadalupe con lujo de adjetivos que excitan ciertamente la piedad, fin principal de la tarea emprendida por Sigüenza. Sus versos reflejan la apasionada devoción que el autor sentía por Santa María de Guadalupe, y apela a la imaginación de tal forma que el lector no puede evitar transportarse

<sup>33</sup> Sigüenza y Góngora, *Anotaciones críticas...*, párrafos 97 y 99.

<sup>34</sup> Sesión 25, 1563. Explica nuestro sabio, acorde con los lineamientos de la Contrarreforma, que las imágenes se instituyeron para excitar la devoción “de los rudos”, *Anotaciones críticas...*, párrafo 41, y transmitir cuál es también la función de los libros. Advierte que a las imágenes debe dárseles veneración con singular devoción y cariño, pues son testimonios dados por Dios de lo sobrenatural y divino.

mentalmente a la contemplación del portento, con el mismo amor con que lo mira Sigüenza a través de los ojos de Juan Diego. Son dos las estrofas que describen la imagen:

Organiza del ayre mas lucido  
Vn armonico cuerpo el Angel bello,  
Embidias del Abril era el vestido,  
Emulación del Tiber el cabello:  
Vn volante de luces embestido  
Aprisiona en el terso eburneo cuello,  
Dando en su rostro alvergue placentero  
Al rojo Mayo, y al nevado Enero.  
(XXXIV)

Todo el Sol rayo, á rayo le circunda  
La planta ayrosa, y el semblante honesto,  
Ya en ropaje, ya en cidarijo cunda  
Su luz discurre, en movimiento presto:  
De la emula del Sol la luz segunda  
La planta elige (immejorable puesto)  
Y vn Serafin con ademan galante  
Es de este Empireo matizado Atlante.  
(LXI)

Al insistir sobre el milagro guadalupano y describir con tanto detalle la imagen, Sigüenza contribuyó a la adoración del icono, lo que fortaleció la devoción y la piedad y sirvió al proceso de integración de los diferentes grupos sociales derivados de la Conquista con el “signo de concordia eterna”. Nuestro autor la realizó como madre de la nueva nación resultante de ella:

No, no pinten la imagen resplandores,  
Que jactan por origen, el luciente,  
De los bronce torneados entre albóres,  
Alcaçar patrio de la luz naciente:  
Ya fogosos cedieron sus ardores  
Con pecho ayroso, en culto indeficiente,  
Quando á vista de vn Aguila MARIA  
Purpura al viento, emulacion dió al dia.  
(LXVII)

La reafirmación del milagro a través de la belleza de la imagen y la devoción creada en torno a ella va muy ligada también a otras situaciones. En respuesta al protestantismo, con su franca tendencia iconoclas-

ta, el mundo católico propuso la exaltación y multiplicación de las imágenes sagradas. Las obras de Sigüenza revelan un sorprendente grado de acuerdo con el espíritu general y los métodos de su tiempo. Ante la presión del nuevo credo era menester alabar la defensa de la verdad cristiana que se hacía desde Nueva España, baluarte en este continente del renacimiento religioso que experimentaba la Iglesia católica en todo el mundo desde el siglo XVI. Como indicamos, la apoteosis de ésta, de una Iglesia triunfante, fue una de las directrices de la Contrarreforma. No sólo el poema guadalupano de Sigüenza, sino, en general, su producción prosística cumplió con el objetivo de enaltecerla. A través de María —observa Santiago Sebastián— la sabiduría divina era infundida a la Iglesia universal.<sup>35</sup> La Virgen, no sólo en Nueva España sino en general en el mundo europeo, fue tomada como un estandarte de victoria en la larga batalla de la Iglesia contra sus agresores. En su obra sobre el marianismo, Marina Werner observa atinadamente respecto al culto guadalupano que:

Un objeto sagrado que tiene su origen en los cielos es dado a la humanidad a través de una aparición, se difunde por todo el mundo católico y se convierte en potentemente milagroso, el emblema de la solidaridad y el derecho divino en la batalla contra el enemigo.<sup>36</sup>

No es casualidad que Sigüenza incluyera en la *Primavera Indiana* cuatro octavas dedicadas al ataque de estos enemigos de la fe, es decir, de las naciones protestantes, principalmente los estados alemanes e Inglaterra.

Ahora, que el Danubio proceloso  
Entrega al mar Hereticos raudales,  
Siendo veneno lugubre horroroso  
Los que primero candidos cristales,  
Y el Aguila Alemana, al luminoso  
Planeta de la Fé, niega Imperiales  
Obsequios, mendigando entre pavores  
Funesto horror en vez de resplandores.  
(XXXVII)

Ahora quando el Aquilon friolento  
En cismas arde, que fomenta el vicio

<sup>35</sup> Santiago Sebastián, *op. cit.*, p. 25.

<sup>36</sup> Marina Werner, *Tú sola entre las mujeres. El mito y el culto de la Virgen María*, Madrid, Taurus, 1991, p. 398.



Y que intentan romper con fin violento  
Del alto cielo el diamantino quicio:  
Rigiendo el Orbe con furor sangriento  
Protervas Mentes con errado juicio,  
Y esta maquina exhausta, en lento fuego  
Vuela en cenizas, por el viento ciego.  
(XL)

Pero mientras Europa se convulsionaba por las guerras religiosas, México perduraba como “el occiduo plácido hemisferio”, libre de aquellos horrores, gracias al cuidado de Guadalupe. Por un lado, la Virgen se presentaba como vencedora de las herejías y, por el otro, como la mujer celestial enviada del cielo que rescataba a un pueblo pagano sumergido en la idolatría:

Termina el vuelo donde yace altiva  
La gran Tenochtitlan en aureo trono.  
Selva de plumas de Copil cautiva  
De su grandeza real es real abono:  
Al hueypil, y Quetzal da estimativa  
El oro, cuyas maquinas perdono,  
Y en discurso mas dulce, que prolixo,  
Formó palabras, y razones dixo.  
(XXXVI)

El ideal del triunfo total y absoluto de la Iglesia católica frente a sus detractores puede ser visto, en última instancia, como el triunfo de la Contrarreforma católica sobre la Reforma protestante. La madre espiritual de la humanidad redimida cumplía con las esperanzas mesiánicas de la salvación. De paso, el paganismo era también vencido por esa luz que enmarcaba a la Virgen toda, verdadera luz celestial.

Para narrar el fenómeno guadalupano, Sigüenza siguió el relato de Miguel Sánchez,<sup>37</sup> la primera obra impresa en torno a la Virgen de Guadalupe. De acuerdo con el evangelista guadalupano, nuestro autor apunta a la noción de la derrota del demonio, vencida la idolatría o el paganismo, como condición previa para que floreciera no sólo la Iglesia en Nueva España, sino un paraíso o un “indiano guadalupe”, como él pre-

<sup>37</sup> Miguel Sánchez, *Imagen de la Virgen María madre de Dios de Guadalupe*, 1648. Se encuentra en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional. Véase también la compilación que hacen del libro de Sánchez, Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro, *Testimonios Históricos Guadalupanos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982. Sigüenza dice haber visto la obra de Miguel Sánchez, “primer escritor de Guadalupe” (1648), que “pasaba entre otras preciosas escrituras en el estudio del famoso don Fernando de Alva [Ixtilxóchitl]”.

firió llamarle en sus *Glorias de Querétaro*. Los historiadores guadalupanos del siglo XVII,<sup>38</sup> entre los que puede incluirse al propio Sigüenza, colocaron la historia de México en el plan divino a través del símbolo de la Virgen de Guadalupe (recuérdese la estrofa XXV citada líneas arriba). Esto puede apreciarse en su obra tardía, *Anotaciones críticas sobre el primer apóstol de Nueva España y sobre la imagen de Guadalupe de México*, donde Sigüenza se concentra en la relación histórica, ya no poética, que concierne a la Virgen de Guadalupe. Otra vez, el mensaje es que el católico Guadalupe suplantó al gentil Tepeyacac, lugar de la idolatría. El autor condena el mundo pagano, en cuanto a sacrificios y formas de culto se refiere. Habla de Huitzilopochtli como un hechicero, “el mahoma de los mexicanos”, de Tlatelolco como “la capital de toda la idolatría mexicana”, “el mexicano damasco”, y de los sacrificios como una “bárbara e inhumana carnicería”. Como en el poema de *Primavera Indiana*, donde se refiere el mundo de la oscuridad y de la ignorancia (época prehispánica) que da paso al de la luz de la verdad universal (era de la evangelización), así en esta obra también insiste en que la gentilidad pagana cedió el paso al suceso guadalupano que fue en su opinión el vehículo por el que Dios destiló todos los beneficios a la nueva nación. En las *Anotaciones*, Sigüenza vuelve a mostrar asombro ante la imagen hecha con la mediación de las flores, creando toda ella un “paraíso” —dice— de celestiales jardines. En párrafos subsiguientes habla sobre la validez de la Conquista y la importancia de Cortés, “gloriosísimo héroe”, y tras una desafortunada fragmentación por la pérdida de una parte considerable del manuscrito, justifica esa hazaña que significó la entrada del cristianismo a estas partes del mundo que lo ignoraban. Aquel hecho cruento fue el preámbulo de la evangelización, de allí su trascendencia; casi fue un fenómeno paralelo, pues los mismos conquistadores mostraron gran celo en extirpar los ídolos y enseñar la doctrina antes de la llegada de los religiosos.

Como vimos, Sigüenza manifestó, en los versos de su *Primavera Indiana*, que la patria empezaba a considerarse como tal después de la Conquista y que su formación era realmente “el efecto prodigioso” de la aparición de María Guadalupe. Allí se introduce —como vimos— el águila como símbolo de México, que posteriormente se repetirá en el *Triunfo Parténico* donde aparece de manera recurrente. Había que empezar por explicar la “primera y gloriosísima hazaña del catolicismo”

<sup>38</sup> Los más sobresalientes son Miguel Sánchez, Luis Lasso de la Vega, Luis Becerra Tanco y Francisco de Florencia. Véase el estudio de Francisco de la Maza, “Los evangelistas de Guadalupe y el nacionalismo mexicano”, en *Cuadernos Americanos*, año VIII, v. XLVIII, núm. 6, noviembre-diciembre de 1949, p. 163-188.

para tratar posteriormente el tema sobre el Tepeyac, que se convirtió en “acérrimo domicilio del portento de las Indias, Santa María de Guadalupe”. Al final de su vida nuestro autor continuó con el análisis de estos asuntos que recalcó de forma casi obsesiva. Como historiador providencialista, Sigüenza refleja un plan divino dado de antemano para explicar el desarrollo de los acontecimientos. La historia del Nuevo Mundo tomaba así importancia y dignidad.

### *Consideraciones finales*

A pesar de que Francisco de la Maza advierte que Sigüenza y Góngora no aportó mucho al guadalupanismo,<sup>39</sup> las reflexiones presentadas en este estudio apuntan lo contrario. Desde luego, no se trata de la original contribución de Miguel Sánchez, una narración histórico-religiosa de considerable extensión, basada en una larga serie de tradiciones indígenas, que fue la fuente primaria de los historiadores de los siglos posteriores, pero debe aceptarse que don Carlos se refirió toda su vida al tema guadalupano. Enamorado de la Virgen del Tepeyac, este criollo novohispano no sólo cumplió una misión americanista al exaltarla como símbolo de su patria, sino que a través de su discurso también trasluce la visión del mundo de toda una generación que vivió un proceso histórico fundamental para la creación de una identidad propia. Su obra guadalupana sirvió como un medio para transmitir elementos en los que su autor creía firmemente, si se toma en cuenta la orientación ético-religiosa y moral que el propio Sigüenza plasmó en sus escritos, al mismo tiempo que fue manifestación del desarrollo de su propia conciencia criolla. Al interpretar lo sagrado, alertó a sus contemporáneos sobre la necesidad de aprehender los valores y métodos expresados por la religión católica. Sigüenza imprimió al tema un sello personal y así se hizo cómplice de los llamados “evangelistas guadalupanos”. También buscó las raíces del portento, le dio significado y le predijo un futuro grande y prometedor como adalid de la patria. A través de sus composiciones le otorgó fundamento histórico a lo milagroso, al mismo tiempo que un sentido espiritual y teleológico a lo histórico. Como dice Ernesto de la Torre Villar, “Sabios y laboriosos, los mexicanos del siglo XVII, se distinguieron por su obra constructiva, sin la cual no hubieran madurado la cultura y la conciencia de Nueva España”.<sup>40</sup>

<sup>39</sup> Francisco de la Maza, *El guadalupanismo mexicano*, p. 73.

<sup>40</sup> Ernesto de la Torre, *En torno al guadalupanismo*, p. 99.

La obra de Sigüenza proyecta, de alguna manera sobre el tema guadalupano, el sentir del hombre católico de Occidente en Nueva España. Es precisamente su universalismo lo que acrecenta o magnifica su figura, quien debe ser visto por lo mismo dentro del marco de la cultura europea y mexicana a la vez, no sólo como una rara vivencia, como una estrella fugaz obstaculizada por las barreras impuestas en un continente considerado joven e inexperto. Don Carlos fue uno de los grandes emisores del mensaje guadalupano. Sus conocimientos, su talento, su saber enciclopédico y humanístico lo hicieron un hombre reconocido, escuchado y atendido por los altos círculos de la sociedad de su tiempo, donde crecía el fervor guadalupano del que él se hizo ferviente portavoz.

Muchos fueron los elementos que propiciaron la formación del culto a Guadalupe, en que se entrecruzaron tradiciones indígenas, españolas y, en general europeas,<sup>41</sup> dentro de las cuales, hay aspectos del marianismo que seguían vigentes desde la Edad Media. Por otro lado, en el curso del siglo XVIII, en Nueva España, su desarrollo converge con la manifestación de un fervor religioso-nacionalista diferente al expresado en el resto del mundo. Las obras de Sigüenza sobre la Virgen de Guadalupe, además de que proyectan una esencia profundamente católica, heredera del legado hispánico y occidental, transparentan asimismo la ambivalencia del criollo de sentirse orgulloso descendiente de españoles por un lado, y detentador de una tradición propia fincada en el nuevo suelo, por otro.

Es posible ahora concluir que sus escritos sobre la Virgen son una expresión cristiana y forman parte de una importante contribución escrita de la era colonial. Reflejan la íntima convicción religiosa de su autor cuya intención fue no sólo fomentar el culto guadalupano en su propio tiempo, sino también manifestar su personalísima inclinación por el milagro. Además de ser objeto de una sincera devoción, la Virgen de Guadalupe fue, para Carlos de Sigüenza y Góngora, un símbolo de ternura femenina y maternal, al igual que expresión del amor por un elemento que se consideró tan propio de la cultura mexicana. Por ese medio él dio sentido a su mundo. Pero, además, es importante entrever que su obra lleva ínsito un mensaje teológico que responde a la circunstancia histórica de Nueva España y del mundo hispánico. Dicho mensaje partía de una monarquía que pretendía ser universal y de una grey católica que luchaba por afianzarse y expandirse en un mundo

<sup>41</sup> Es muy recomendable el reciente artículo de Jorge Traslosheros, "Santa María de Guadalupe: hispánica, novohispana y mexicana. Tres sermones y tres voces guadalupanas", en *Estudios de Historia Novohispana*, 18, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1998, p. 83- 103, para ver la amplia influencia del culto guadalupano, que incluso rebasó los límites del Virreinato.

nuevo, que consolidaba una distinta sociedad en la que se sentía muy fuerte la presencia indígena y buscaba la integración de grupos diferentes tras la Conquista. Sigüenza sintetizó los símbolos codificadores de la Iglesia y sus obras pueden ser vistas como los canales de comunicación entre los valores impuestos por las elites y los transmitidos por el sentir popular. El verdadero milagro concedido por la mujer del Empíreo a los ojos de Sigüenza, se reflejaba en que “María Santísima de Guadalupe de México [era] el único imán suave de los americanos afectos”.<sup>42</sup> A los indios sometidos se les obsequió la imagen dada a Juan Diego, ese ser humilde y obediente, que fue premiado con el honor de recibir la milagrosa floración de María Guadalupe; a los españoles, se les entregó un recuerdo de la herencia del culto extremeño traído por los primeros conquistadores. Los mestizos se identificaron con la Virgen morena, mientras que los criollos vieron en ella a la señora de los cielos que eligió a su patria como la sede de la milagrosa aparición. Así, tuvo la sensibilidad para captar en su propio tiempo, en que resultaba difícil ser juez y parte de una circunstancia que se vivía, la importancia del guadalupanismo como elemento unificador. El *milagro* guadalupano, pero no el de la tilma de Juan Diego, sino ese otro que quedó y queda todavía constatado en la cohesión de todo México bajo un mismo símbolo, quedó expresado ya en la obra de Sigüenza y Góngora. En un bello párrafo de sus *Glorias de Querétaro* nuestro historiador describe cómo en el templo de Guadalupe de esta ciudad, a los pies de la Virgen, se encontraba:

arrodillada en lo ínfimo de las gradas, una hermosísima niña adornada con los atavíos indianos, en que se ideaba no tanto la América en lo común, cuanto con especialidad estas Provincias Septentrionales, que llamó la gentilidad Anáhuac. Ocupaba las manos *con un corazón, que era el de todos*, y con un perfumador que exhalaba fragancias y suavidades.<sup>43</sup>

## BIBLIOGRAFÍA

Fuentes de archivo:

Archivo General de la Nación (AGN), *México, Inquisición*, v. 22, 1795.

Bancroft Library. Carlos de Sigüenza y Góngora, *Anotaciones críticas sobre el primer apóstol de Nueva España y sobre la imagen de Guadalupe*. 1699. Mss M-M 225.

<sup>42</sup> Sigüenza y Góngora, *Glorias...*, p. 10.

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 53.

Biblioteca Nacional. México, Miguel Sánchez, *Imagen de la Virgen María Madre de Dios de Guadalupe*, 1648.

Bibliografía general:

ALBERRO, Solange, “Remedios y Guadalupe: La unión de la discordia”, en Clara García y M. Ramos (ed.), *Manifestaciones religiosas en el mundo colonial americano*, México, INAH-UIA-Conдумex, 1997.

DELUMEAU, Jean, *El catolicismo de Lutero a Voltaire*, Barcelona, Editorial Labor, 1973.

GRAJALES, Gloria, *Nacionalismo incipiente en los historiadores coloniales*, México, UNAM, 1961.

LAFAYE, Jacques, *Quetzalcóatl y Guadalupe. La formación de la conciencia nacional en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977.

LEONARD, Irving A., *Don Carlos de Sigüenza y Góngora. Un sabio mexicano del siglo XVII*, trad. de José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

LORENTE MEDINA, Antonio, *La prosa de Sigüenza y Góngora y la formación de la conciencia criolla mexicana*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 1996.

LURKER, Manfred, *El mensaje de los símbolos. Mitos, culturas y religiones*, Barcelona, Editorial Herder, 1992.

MAYER, Alicia, *Dos americanos, dos pensamientos. Carlos de Sigüenza y Góngora y Cotton Mather*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1998.

———, “Oriental Planeta Evangélico. Sigüenza y Góngora y los jesuitas”, en *Memorias del IV Simposio Internacional. “La producción simbólica en la América colonial. Interrelación entre la cultura y las artes”*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Bibliográficas (entregado a prensa en noviembre de 1998).

MAZA, Francisco de la, *El guadalupanismo mexicano*, México, Editorial Porrúa, 1953.

———, “Los evangelistas de Guadalupe y el nacionalismo mexicano”, en *Cuadernos Americanos*, año VIII, v. XLVIII, núm. 6, noviembre-diciembre de 1949, p. 163-188.

MEGGED, A., *Exporting the Catholic Reformation. Local Religion in Early Colonial Mexico*, Leiden-New York, 1996.

NEBEL, Richard, *Santa María Tonantzín, Virgen de Guadalupe. Continuidad y transformación religiosa en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.



- NOGUEZ, Xavier, *Documentos guadalupanos*, México, Fondo de Cultura Económica-El Colegio Mexiquense, 1993.
- OSORIO Romero, Ignacio, *La luz imaginaria*, México, UNAM, 1987.
- PÉREZ SALAZAR, Francisco, "Don Carlos de Sigüenza y Góngora", en *Obras*, México, Sociedad de Bibliófilos Mexicanos, MCMXXVIII.
- ROJAS Garcidueñas, José, *Don Carlos de Sigüenza y Góngora, erudito barroco*, México, Ediciones Xóchitl, 1945.
- ROSS, Kathleen, *The Baroque Narrative of Carlos de Sigüenza y Góngora. A New World Paradise*, Cambridge, New York, Cambridge University Press, 1993.
- RUPERT MARTIN, John, *Barroco*, Bilbao, Xarat Libros, 1986.
- SEBASTIÁN, Santiago, *Contrarreforma y barroco*, Madrid, Alianza Editorial, 1989.
- SIGÜENZA Y GÓNGORA, Carlos de, *Primavera Indiana. Poema Sacro Histórico. Idea de María Santísima de Guadalupe. Copiada de Flores*, en Pérez de Salazar (ed.), *Obras*, México, Sociedad de Bibliófilos Mexicanos, MCMXXVIII.
- , *Glorias de Querétaro. En la nueva congregación eclesiástica de María Santísima de Guadalupe*, México, viuda de Bernardo Calderón, 1680.
- , *Triumpho Parthénico*, México, Juan de Ribera, IXIDCLXXXIII.
- , *Piedad Heroyca de Fernando Cortés*, México, Talleres de la librería religiosa, 1898.
- TORRE VILLAR, Ernesto de la, *En torno al guadalupanismo*, México, Miguel Ángel Porrúa, 1985.
- y Ramiro NAVARRO, *Testimonios Históricos Guadalupanos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- TRASLOSHEROS, Jorge, "Santa María de Guadalupe: hispánica, novohispana y mexicana. Tres sermones y tres voces guadalupanas", en *Estudios de Historia Novohispana*, 18, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1998, p. 83-103.
- WERNER, Marina, *Tú, sola entre las mujeres. El mito y el culto de la virgen María*. Madrid, Taurus, 1991.